

ESPALDA DE SAN DIEGO. CALLE DE LA

Esta calle, paralela á la anterior, corre como ella de Norte á Sur, es nueva, pues apenas data de principios del corriente siglo. En los anteriores desde allí comenzaba el ejido del Calvario, y aquel lugar, por su proximidad á lo poblado, se hallaba siempre sucio y convertido en muladar.

Por lejano y solitario fué este sitio elegido para teatro de uno de sus desafíos por la *Monja Alferez*, personaje interesantísimo en sí mismo, por cuya razón, aunque no lo sea en nuestra historia, queremos darle á conocer á nuestros lectores. La síntesis de la vida de esta singularísima mujer se resume en estas palabras: en sus ocupaciones fué monja, criada, escribiente, comerciante, soldado y arriero finalmente; en sus vicios: jugador, pendenciero y asesino. Corrió sus aventuras con el nombre supuesto de Alonso Díaz Ramírez de Guzmán,¹ dejando el suyo, que era Doña Catarina de Erazo; ocultó también su sexo, cortándose los cabellos, y trocando el traje de dama por el de hombre, disimulo á que le ayudó por una parte su fisonomía y por otra sus inclinaciones y carácter. Tenía, en efecto, *tosca la frente y sombreada por espesos cabellos*; y si es parecido al original el retrato que de ella se conserva en Orizaba, *los perfiles de su rostro son fuertes, y su gesto no expresa sentimiento alguno*;² de manera que en su fisonomía no se encuentra cualidad femenina; y si en su rostro no se vislumbraban menos se hallaban en su corazón. No solamente era de ánimo varonil, sino atrevida, pendenciera y amiga de camorras. La primera riña que tuvo, y acaso la de menos consecuencias, ocurrió con una monja del propio convento de donde ella era también monja profesa, con la cual llegó á las manos.

No obstante que inmediatamente después de este suceso se fugó del convento, no debe de atribuirse á él ni la fuga ni la serie de incontables aventuras, que hicieron de Doña Catarina de Erazo un personaje histórico. En efecto, pasado el calor de la refriega con su compañera, aunque no se hubiera determinado á soportar su presencia, ni su compañía, cambiando de convento pudo haber continuado la vida claustral, si para ella hubiera tenido vocación; y de no sentirse con fuerzas para seguirla, debió volver á la casa paterna, en la misma ciudad; ó en último caso, si su despecho era tanto, emprender en hábito de mu-

¹ No es éste el único nombre con que se la encuentra en las diversas relaciones que de esta monja se han escrito, otros se le dan también; acaso ella misma los cambiaba, huyendo de la justicia, que con frecuencia la perseguía.

² Copia de este retrato se encuentra en el tomo III de *La Ilustración Mexicana*, pág. 222, periódico literario publicado el año 1852 por D. Ignacio Cumplido.

jer las aventuras que hubiera querido, y que no habrían sido ciertamente las que van á referirse. Nada de esto hizo, y en la determinación que tomó debe haber tenido no pequeña parte algún defecto de su organización, que influyó en sus inclinaciones, defecto que al propio tiempo fué causa de la vida que vivió, y escudo inquebrantable para defender su pudor, pues los vicios de que se le acusa son los de un hombre atolondrado y calavera; pero ninguno que manche su honestidad, y su decoro femenino; lejos de eso, mostró á veces descomulgado afecto á las mujeres, nuevo indicio para atribuirle una organización irregular.

La inclinación excesiva ó extraviada, que tuvo á una dama de esta ciudad, es precisamente la única circunstancia que le abre cabida en este libro; porque si así no fuera, ¿á qué vendría hablar en él de un personaje nacido en España, que tuvo por principal teatro de sus aventuras la América del Sur, y que vino á morir en Quitlaxtla, ó Cuautlaba, lugar no muy distante de Orizaba, ciudad en donde estuvo avecindado? Doña Catarina de Erazo nació en Guipúzcoa, en 1585, de padres nobles, y tan cristianos que destinaron á su hija para el claustro, dándole una educación por extremo religiosa. Tierna todavía, á los catorce ó quince años, por expresa voluntad de sus padres, y no suya, tomó el hábito de monja en uno de los conventos de la misma ciudad de Guipúzcoa; pasó el tiempo de su noviciado, y concluido profesó; mas no tardó mucho en dar muestras de su carácter, riñendo con una su compañera, como queda dicho. Era Abadesa del convento su tía llamada Doña María de la Cruz, y aprovechando esa circunstancia, tomó de la tía las llaves del convento, y salió de él víspera de San José, á la una de la noche, mientras las monjas rezaban maitines en el coro. Desde aquel momento resolvió mudar la apariencia de su sexo, y para ejecutarlo, en vez de irse á poblado, se refugió en un castañar, en donde permaneció ocho días alimentándose con manzanas, en tanto que hacía de su vasquiña unos calzones, y de su faldellín una ropilla y polainas. Con este traje y cortados los cabellos, se fué á la ciudad de Victoria, donde se acomodó de paje con el Dr. D. Francisco de Peralta, casado con una prima de su madre, que sin duda no la conocía puesto que se atrevió á servirla sin temor de ser descubierta. Al decoro del Doctor convenía tener bien vestido á su criado, y le hizo ropa; pero el carácter inquieto de nuestra heroína no se compadecía bien con la vida metódica y compasada de aquella casa, y al cabo de un mes y días concertó con un arriero que, por doce reales, la llevase á Valladolid, sitio entonces de la corte. Allí se acomodó de paje con D. Juan de Idiáquez, Secretario de la cámara de Su Majestad, donde estuvo siete meses, y acaso habría estado perpetuamente, ó sus aventuras habrían sido menos rumorosas, si un accidente inesperado no hubiera venido á sacarla de allí. Buscándola su padre por distintas partes, llegó á la

casa de D. Juan, que era su amigo, y en la noche que se hospedó en ella, tropezó con su hija, sin conocerla. No siéndole posible por esta circunstancia permanecer en Valladolid, se fué á Bilbao, donde estuvo un mes, la mitad de él en la cárcel, porque lastimó de una pedrada á un mozo vizcaíno. Luego que salió de la cárcel se fué á la ciudad de Estrella, en el reino de Navarra, donde, siguiendo su costumbre, se acomodó por paje de D. Carlos de Arellano, vecino principal de la ciudad y Caballero del hábito de Santiago, á cuyo servicio estuvo dos años, del cual se separó sin causa, pues privaba con él, y estaba bien tratado y provisto de buena y abundante ropa.

Si esta inmotivada salida del destino, nos confirma el carácter ligero y voluble de Doña Catarina, el lugar á donde se dirigió, que fué San Sebastián, su ciudad natal, da indicios de su singular atrevimiento, pues allí paseaba de día públicamente, oyó muchas veces misa delante de su madre y algunas en el convento de que había salido, á vista de las monjas, que juzgándole paje por el vestido, la llamaban; mas ella nunca se atrevió á ir. Después de varios días de permanecer allí, acaso por satisfacer el natural instinto de regocijarse viendo la casa donde nació, los lugares donde pasó su infancia, sus padres, parientes y amigos, resuelta tal vez á no volver jamás á verlos, salió para el puerto del Pasaje, donde encontró al Capitán Miguel de Borroyz, próximo á salir para Sevilla con un galeón suyo, en el cual embarcó, pagando cuarenta reales por su pasaje, y desembarcó en Sanlúcar de Barrameda.

Próxima estaba á salir para las Indias una flota mandada por el General D. Luis Fajardo; de uno de los pataches era Capitán Miguel de Chazarreta, paisano de Doña Catarina, á cuyo servicio hizo la travesía hasta Cartagena, en la América meridional; pasado de allí á Nombre de Dios, donde le pareció bien quedarse, separándose del anterior Capitán, y entrando al servicio de otro llamado Juan de Ibarra, factor de las Cajas Reales de Panamá. No mudó el viaje su carácter, ni era fácil de mudar; así fué que á los cinco meses pasó á servir á un mercader rico, llamado Juan de Urquiza, con quien estuvo siete. Suelen los truhanes tener regular entendimiento, que les ayuda para sus truhanerías, y á nuestra heroína no le faltaba; así al cabo de este tiempo su mismo amo la envió con no despreciable ancheta á Trujillo el rico, distante de Nombre de Dios ochenta leguas hacia Lima, y en tres meses la realizó. Satisfecho el mercader con el resultado, le puso una tienda de sedas, con un capital de cuarenta mil pesos, dos negros y una negra para que le sirviesen. La volubilidad de su carácter nos induce á creer que no habría podido quedarse allí de asiento; sin embargo, pudo ser; pero un incidente también propio de su genio vino á precipitar su salida. Fué á la comedia un día de fiesta, y colocado su asiento en cierto lugar, llegó un hombre llamado Reyes, tenido por valiente

en Trujillo, y puso el suyo delante del de Doña Catarina, con cuyo motivo se trabaron de palabras, y ella salió del corral; mas no huyendo, sino con propósito muy distinto: fué á su tienda y sacó una caja con dos cuchillos jíferos, y los llevó á un barbero, para que los afilara y compusiera; hecho lo cual, con uno de ellos, y espada al cinto, que por primera vez ciñó, se encaminó á la plaza, á esperar que acabara la comedia y Reyes saliera. Salió y acompañado de un amigo; mas no por esto se intimidó la resuelta Catarina, se fué sobre ellos, hiriendo á Reyes con el cuchillo; los dos volvieron sobre la heridora, y ella de ambos se defendió, llevándolos hasta una calle, en donde dejó por muerto al acompañante de su contrario, acogiéndose al asilo de una iglesia; el Corregidor la sacó de él y la llevó á la cárcel, poniéndola en un cepo de cabeza. Impuesto el amo del suceso, vino con violencia, y por su medio alcanzó que el Obispo la volviese al asilo. Por evitar las consecuencias de aquel acontecimiento, determinó quitar la tienda y llevar consigo á su dependiente, como lo ejecutó.

No era el temple de nuestros mayores para que la cosa quedase en ese estado: Reyes y su compañero fueron en seguimiento de Doña Catarina, tres meses después del acontecimiento; y una noche, estando en la casa de comercio de su amo, haciendo un pago de veinte mil pesos, y liquidando las cuentas, salió un negro de la casa á la calle, y cuando volvió dijo que dos hombres con espadas desnudas y broqueles, estaban á la puerta; Doña Catarina, así por ver lo que aquello significaba, como temerosa de lo pasado, salió apercebida, y tan luego como la vieron aquellos dos hombres, la embistieron; eran Reyes y su amigo, con quienes de nuevo peleó, volviendo á herirlos, aunque ella también salió herida de una mano. Concluido este segundo lance, no era de prudencia permanecer en aquella tierra, y de acuerdo con su amo, resolvió trasladarse á Lima; él le dió cartas de favor para personas de allá y mil y quinientos pesos para el camino.

Si en esta última ocasión parece no haber tenido parte en la mudanza, la volubilidad de nuestra heroína, sí la tuvo en la siguiente: llegada á Lima se acomodó con D. Diego de Olarre, Prior de aquel Consulado, el cual la puso una tienda en la calle de Mercaderes, donde estuvo pocos días, y sin causa á que pudiera atribuirse el cambio, sentó plaza de soldado para ir á Chile en una de tres compañías que en Lima se alistaban con ese destino. Ella se incorporó en la que mandaba D. Alonso Sarabia, y al cabo de veinte días llegaron al puerto de la Concepción, donde asistía el Gobernador, que lo era entonces Alonso de Rivera. Tenía por Secretario á Miguel de Erazo, hermano de Doña Catarina, ante quien se recibió el refuerzo, pasando lista á las tres compañías. El tiempo y la vida que ésta había llevado, tales mudanzas habían operado en su rostro, que su hermano no pudo reconocerla, alejando, por otra parte, toda sospecha el encontrarse de plaza en una

compañía de infantería; no sucedió lo mismo á Doña Catarina, quien reconoció á su hermano, y guardó silencio. Al pasarse la lista, cada soldado era preguntado por su nombre y su patria; llegando la vez á Doña Catarina, contestó que se llamaba Francisco de Loyola y que era natural de la villa de San Sebastián; oyendo lo cual el Secretario la abrazó, no por hermana, sino por vecina de su propio lugar, preguntándole si conocía á sus padres y sabía de ellos. Esta relación con el Secretario fué utilísima á nuestra protagonista, pues habiendo sido destinada al fuerte de Arauco, que era el peor, su hermano alcanzó del Gobernador que la trasladase á la compañía que quedaba en la plaza, en donde vivió tres años comiendo en la mesa de él sin que llegase á conocerla.

La paz y amistad entre los hermanos vino á turbarse porque el Secretario le pidió que no entrase á la casa de una mujer su conocida, sobre lo cual se hicieron de razones, y echando mano á las espadas pelearon, hasta que el Capitán D. Francisco de Ayllón los puso en paz, y ella, por miedo al Gobernador, estuvo algunos días oculta; pero calmado á ruegos del mismo hermano, fué mandada al fuerte del Nacimiento, que si no era tan malo como el de Arauco, era sí más expuesto y frecuentemente atacado por los indios, de suerte que su guarnición vivía siempre con las armas en la mano. Otros tres años permaneció allí, al cabo de los cuales vino el Gobernador con todas las compañías, que eran más de cinco mil hombres, y estuvieron alojados á campo raso. En esto los indios atacaron y tomaron la villa de Valdivia, arrasándola; el Gobernador salió en persecución de ellos, pelearon cuatro veces, y la mujer con tanta valentía, que mató muchísimos indios, y trajo preso un cacique que entregó al Gobernador; éste, en premio de sus hazañas, le dió la bandera del alférez, muerto en la refriega: he aquí á la monja, primero paje, después comerciante y ahora llegó á Alférez; grado adquirido por su valor y su sangre, pues en esta ocasión sacó dos heridas: la una en el molledo del brazo derecho y la otra en la espaldilla izquierda.

Suelen los peligros juntamente corridos reconciliar á los enemistados, y en esa ocasión Doña Catarina y su hermano volvieron á la amistad antigua; mas por la misma moza de antes se disgustaron de nuevo, y en dos años no se hablaron.

A consecuencia de una pendencia que tuvo con unos soldados la desterró el Gobernador al fuerte de Arauco; había concluído ya el tiempo del alferazgo; mas como la bandera se le concedió no por gracia, sino por merecimiento, conservó en la compañía el título de Alférez reformado. No la pasaba bien en aquel fuerte, y al cabo de tres meses concertó su desertión con otros dos soldados, y juntos, una noche, á caballo y con arcabuces, sin más provisiones para comer que una poca de harina de cebada, tomaron la sierra de Tucumán. A la mañana si-

guiente salieron en su persecución un cabo y tres soldados; les dieron alcance en una quebrada de la sierra; los desertores, prefiriendo á la muerte cierta en el cadalzo, la posibilidad de la vida, defendiéndose, hicieron armas contra sus perseguidores, mataron al cabo y los soldados huyeron. Muy lejos estuvo este triunfo de asegurar la suerte de los fugitivos, el aspeza de la sierra los obligó á dejar los caballos, y continuaron su camino á pie; los compañeros de Doña Catarina no pudieron soportar la fatiga ni la intensidad del frío en aquellas cumbres nevadas, y tres días después murieron, quedando ella sola, sin saber qué sendero seguir, porque le obstruía la nieve y no era camino real. Al cabo de veintitrés días de penosísima y casi increíble peregrinación, brotando sangre de las plantas de sus pies, por habersele destrozado los zapatos, transida de frío y muy debilitada por el hambre, estando recostada bajo un árbol, vió venir dos indios á caballo, y temiendo que fuesen de guerra, se puso en pie á esperarlos con el arcabuz, acto que, aunque natural, patentiza su indómito valor y el vigor poco común de su naturaleza. Felizmente los indios eran de paz, y le dieron pan y carne fiambre. Preguntándoles por el pueblo, ó cabecera, de la gobernación de Tucumán, le dijeron que distaba de allí sesenta leguas; pero que á tres había una estancia en que vivía su ama, á donde podría ir y descansar. Dióle el uno de ellos su caballo, y emprendido el camino llegó á la estancia casi de noche, donde encontró una mujer caritativa, que le aposentó, le dió de cenar y una camisa.

Si las penas y privaciones del desierto no quebrantaron la energía de su espíritu ni consumieron sus naturales fuerzas, ocho días de buen trato y descanso le comunicaron nuevo aliento para seguir su camino: diéronle caballo y bastimentos, y á los diez días de viaje, no poco molesto, llegó á Tucumán, donde encontró, con el Secretario del Obispo, casa, vestido y otras comodidades.

Suele la caprichosa fortuna brindar á las personas insustanciales, situaciones que á otras merecedoras rehusa: á nuestra disfrazada ofreció una que por fuerza le fué imposible aceptar: D. Antonio de Cervantes, Canónigo de aquella catedral y Provisor del obispado, quiso casarla con su sobrina. Doña Catarina, en vez de negarse resueltamente, hizo concebir esperanzas de aceptar al canónigo, lo mismo que á la prometida, quienes la regalaron ampliamente: el canónigo le mandó hacer un traje aterciopelado, y la novia la obsequió con doce camisas, seis pares de calzones, dos cuellos de olán, una docena de pañuelos, y lo que fué mejor, en una fuente grande doscientos pesos; fuera de todo esto la promesa de darle dote. Un solo medio quedaba á la disfrazada, para salir de semejante aprieto, y fué el que puso en práctica: sigilosamente compró una recua, y aprestada, salió de Tucumán una noche acompañada de un soldado, y se dirigió al Potosí, cruzando un espacio de cerca de quinientas leguas, casi despoblado, en tres meses de

camino, con un solo percance, y fué que en un lugar de baños le salieron tres hombres armados de escopetas, pidiéndole lo que llevaba; no era Doña Catarina para dejarse robar, y apeándose de las mulas ella y su compañero les hicieron frente, matando á dos, los ladrones mataron al soldado y la valerosa monja puso al otro en fuga, echando mano á la espada. Llegada á Potosí, volvió á su primera ocupación, acomodándose con Juan López de Arguijo, Regidor de las Barcas; serviale de camarero y de arriero, con salario anual de mil y novecientos pesos y veinticuatro semanarios para comer, recibiendo doce mil carneros y ochenta indios, con los cuales partió para las Charcas, en donde tuvo con su amo un altercado, y riñendo le dió dos estocadas, que le dejó por muerto, huyendo luego para el Potosí.

A pocos días de haber llegado ocurrió el alzamiento de Alonso de Ibáñez y otros cien contra las autoridades; era Corregidor D. Rafael Ortiz, Caballero del hábito de San Juan, quien salió á someter á los rebeldes, invocando favor al Rey, á cuya voz acudió Doña Catarina en compañía de la justicia. Reñido fué el combate: hubo de ambas partes muertos y heridos, los más de los conjurados huyeron, y treinta y seis, más el caudillo, fueron hechos prisioneros. Salió nuestra heroína ilesa de este combate, portándose cual solía, y habiendo tenido entre sus manos al jefe de la rebelión, que entre la multitud se le escapó. Sosegado el alboroto se formaron tres compañías, para guarda de la ciudad, y á Doña Catarina, en premio de sus servicios y como homenaje á su valor, se le concedió el título y oficio de Ayudante de Sargento Mayor, en que sirvió dos años, dando muestras de su denuedo en ocasiones que no faltaron.

El Gobernador D. Pedro de Leguí dispuso por este tiempo hacer la conquista de los Ohunchos y el Dorado, á la cual concurrió Doña Catarina, en la clase de ayudante, soportando sin rendirse las penas del larguísimo camino, y hallándose en los primeros sangrientos combates que los historiadores refieren. No se halló en lo restante de esa jornada, porque cumplido su tiempo de servicio continuaba como voluntario, llevada de la codicia, pues de las aguas del río recogían polvo de oro en abundancia, sin ningún trabajo, y le encontraban también en las chozas de los naturales donde entraban. Después de un combate tan sangriento, que corría la sangre por el suelo, en el que murió el Maestre de Campo, volvió el ejército á donde el Gobernador estaba, y dándole cuenta de los sucesos y de la riqueza de aquella tierra, le pidieron los soldados que les permitiese volver á conquistarla; el Gobernador, por prudencia rehusó concederle, y entonces Doña Catarina y otros que se hallaban en el mismo caso, estimulados de su codicia, desobedeciendo al Gobernador, se fueron, según su expresión, á conquistar; pero realmente en pos de enriquecer. La fortuna les fué propicia, como suele serlo con los audaces, y sin contratiempo llega-

ron á pocos días á un pueblo habitado ya por españoles, de donde nuestra protagonista se fué á Chuquiago, y de allí á las Charcas.

Con el oro adquirido quiso volver al comercio, comprando cosas que llevar á Potosí; pero una noche las perdió en el juego; sin embargo, aunque sin ellas tomó el camino, y llegada se aposentó en la casa del Capitán Francisco de Ayunumen, á quien dió cuenta de toda su vida. Sin dificultad le dió éste diez mil pesos para que fuera á los llanos de Cochabamba y Mizque y los empleara en cosas de tierra, volviendo con ellas á Potosí. Así lo hizo; y al volver, antes de pasar el río de la Plata, encontró una mujer moza bien vestida, la cual le suplicó que la pasara; hízolo Doña Catarina de buen grado; mas no se conformó con esto la encontradiza, sino que pasada, le rogó que la llevase á las Charcas, donde tenía su madre monja; nuestra viajera, por servir-la, se prestó á ello poniéndola en su mismo caballo, como la pasó el río. La señora iba volviendo la cara, y después de haber andado algunas leguas, vió un hombre también á caballo, que se acercaba á ellas, y estando bien cerca le reconoció por su marido, que venía á matarla, así lo dijo á su conductora, suplicándole que la defendiera. No necesitaba grandes estímulos la heroína de esta historia para emprender campañas, y apeándose del caballo, le dijo que continuase el camino, pues cerca estaba la población. Llegó el enojado marido denostando á Doña Catarina como seductor, apuntándole al mismo tiempo con su escopeta. La defensora, con su habitual serenidad le dijo, sin añadir más, que le apuntara bien, porque de no acertarle, ella le mataría. La Providencia, que para otras cosas guardaba la vida de la monja arriero, no permitió que la escopeta diese fuego, y viniendo á las manos con las espadas, los dos salieron heridos; Doña Catarina en la cara, no de gravedad, el marido de tanta, que allí quedó en el suelo; pero al cabo de un rato, recobrado, siguió para la población en demanda de justicia. La heridora, que le creyó muerto, se retrajo en la iglesia; en tanto la desconocida puesta en salvo, había hablado á su madre, y sabiéndose la verdad, quedó libre la libertadora.

Algunos días permaneció allí; una de las noches de ellos, tres mercaderes de Potosí la convidaron á que jugase, ella se rehusó al principio, porque vió que la baraja estaba dispuesta para ganarle; pero nuevamente instada, resuelta á todo, accedió; púsose á jugar mano á mano con uno, y á pesar de la disposición de las cartas, le ganó en menos de tres horas cincuenta mil pesos; recogió su dinero y no quiso jugar más. Enojado el perdidoso la injurió de palabra, y le arrojó los naipes á la cara. No dilató ella en dar la respuesta, y fué atravesarle con la daga, dejándole en el suelo, no muerto, sí gravemente herido. Los dos amigos del caído arremetieron contra ella acuchillándola; en la refriega salió muy mal herido otro de los mercaderes y ella también, aunque no de gravedad. A consecuencia de esto la pusieron en la cár-

cel cinco meses, y le embargaron cuanto tenía. En este tiempo sanaron los dos heridos, y la Justicia hizo salir de Charcas á los tres, y á Doña Catarina desterró á Chila. Las buenas obras siempre valen: la monja, madre de la señora libertada de la saña del marido, gozaba valimiento, y alcanzó que le levantaran el destierro.

Libre, pero pobre, se fué á Lima, donde estuvo cerca de nueve meses, hasta que llegó el tiempo de que saliera la armadilla del mar del Sur de Panamá, y en ella de nuevo sentó plaza de soldado, acomodándose de camarero del General D. Ordoño de Aguirre, que la mandaba. Hicieron aquel viaje en salvamento, como que venían á esperar al Marqués de Montesclaros, que pasaba de México al Perú. Cuando volvieron á Lima encontraron la ciudad alborotada porque los ingleses estaban en el Callao; contra ellos salió una escuadra mandada por el General Rodrigo de Mendoza, sobrino del Marqués. Con él en la Almiranta se embarcó la nueva soldado. A las tres de la tarde desembocaron en el puerto, y á las once de la noche les dieron alcance, abordando la Almiranta española á la Capitana del enemigo; saltaron á ella muchos, entre ellos Doña Catarina; pelearon cuerpo á cuerpo con espada y rodela; viéndose vencidos los ingleses pusieron fuego á su casco, para perderse con los españoles asaltantes; de éstos visto el peligro, volvieron á su Almiranta casi todos los vivos, dejando á los muertos en la contraria y tal vez algún herido; de los salvados fué nuestra heroína, que salió ilesa. Al punto que desembarcó, recogió algún dinero que había dado á guardar, y se fué al Cuzco y en la casa del Tesorero Salcedo se aposentó.

Aquí comienza una nueva faz de la vida de esta mujer extraordinaria: guiada de la codicia buscó la fortuna por distinto sendero del anterior; ya no siguió el honroso, aunque difícil del trabajo, sino el de los naipes, camino incierto y fragoso, que á nadie conduce al bien. Quedóse en el Cuzco de asiento, y su ocupación fué jugar. Cierta lunes por la mañana, yendo á misa al convento de nuestra Señora de las Mercedes, percibió ruido de juego en una casa de la misma calle, donde no había entrado; oyó misa y luego vino á la casa, y se puso á jugar con seis hombres que allí había, á quienes ganó en dos ó tres suertes, más de ochocientos pesos. Estando en esto entró un soldado, que, por ser temido de todos, era llamado el *Nuevo Cid*. Ganó una suerte la mujer, y antes que levantara su dinero metió la mano el soldado, y cogió un puño de reales. Rara y desusada fué la paciencia de Doña Catarina en este lance, limitándose á levantar el rostro, ver á todos, y volverle á bajar; repitióse el mismo lance, y entonces encarándose al soldado le intimó que no consentiría el tercero. El hombre, no acostumbrado á semejantes reprensiones, salió de la sala murmurando y retorciéndose los bigotes; los concurrentes dijeron á la jugadora que de aquello no tomara pesadumbre, porque el soldado vivía de eso y

todos se lo dispensaban. Después de un largo rato volvió á entrar, colocándose siempre tras de Doña Catarina; notó ella, y dispuso su dinero en cierta forma, preparándose á la defensa; no tardó en llegar el caso, metió el soldado la mano, y ella se la clavó en la mesa con la daga; alborotóse el juego, y; cosa inicua! los seis jugadores tomaron la defensa del ladrón, arremetiendo contra la robada, y como eran muchos la fueron llevando toda la calle; mas al volver de la esquina venían cuatro vizcaínos que la defendieron, y peleando contra sus perseguidores la dejaron sola con el *Nuevo Cid*, el cual le dió dos terribles estocadas, de que cayó, cerca del convento de San Francisco; el soldado, creyéndola muerta, se asió de las aldabas de la puerta pidiendo iglesia; vivía ella y tuvo aliento para levantarse y encararse al soldado; tiráronse dos nuevas estocadas, ella pudo desviar la que venía y atravesándole con su espada le dejó muerto, quedando ella moribunda. Salieron los frailes para confesarlos, el soldado estaba expirando, á ella poco le faltaba, sin embargo, no quiso confesarse; lleváronla á la casa del Tesorero, los cirujanos declararon que no viviría dos horas, encargándole que pusiese bien su alma. Ante peligro tan grande, consintió en que le llamaran un padre de la Compañía de Jesús, y vino el P. Maestro Luis Ferrer, á quien descubrió que era mujer; admiróse el padre de saberlo, y procuró persuadirla á que para todos se descubriese; pero ella contestó que en aquella tierra nunca se descubriría.

Felizmente salió fallido el pronóstico de los cirujanos, y la enfermo comenzó á mejorar. No pocas personas, que por ella se interesaban, determinaron trasladarla al convento de San Francisco, á continuar su curación, para ponerla á cubierto de la acción de la justicia, que seguramente se habría apoderado de su persona en viéndola muy mejorada ó sana. Al convento iba su confesor á verla diariamente, procurando siempre persuadirla de que manifestase su verdadero sexo, así por atenuar la merecida pena, como porque en adelante siguiese otro género de vida; pero ella firme en su primera resolución se mantuvo cinco meses, al cabo de los cuales, encontrándose sana, ella y los vizcaínos que allí había resolvieron que saliera del lugar, porque no la matasen, dándole cinco negros que la acompañaran. Salió, en efecto, una noche, y al otro día llegó al río de Apurima, el peor lugar á que pudo ir, porque el juez de allí era deudo del muerto, y luego que supo su llegada salió á prenderla. Ni las heridas que la pusieron al borde del sepulcro, ni la desventajosa situación en que se hallaba quebrantaron el aliento de esta fortísima mujer; se defendió valerosamente del Juez, matándole uno de los negros que llevaba; pero tanta gente acudió á favor de la justicia, que al número hubo de rendirse; pusiéronla presa, le acumularon muchas causas, cuyo resultado fué que el Juez la sentenció á muerte, y sin embargo de apelación interpuesta, daba pasos para ejecutar la sen-